

La planificación económica, el Estado y la sociedad.

¿Por que hablar de planificación económica hoy? El fracaso de la tentativa de la extinta URSS en la consecución de una sociedad justa, equilibrada y libre se atribuye, además de a factores estrictamente políticos, a la planificación misma. Por ello se identifica el comunismo con un Estado totalitario que suprime las libertades cívicas y con una economía *estatalmente* planificada.

Recordamos apenas ahora que Marx concebía el comunismo como una sociedad sin mercado y *sin Estado*. Y menos todavía recordamos que pensadores socialistas, desde los orígenes de la URSS, habían visto con claridad que en el antiguo imperio ruso se estaba construyendo un Estado¹ cuyas características estaban muy alejadas del socialismo. En nuestros lares y en los años veinte, Juan Díaz del Moral en el prefacio a su *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, critica ya el carácter represivo del Estado soviético y después de la segunda guerra mundial Milovan Djilas escribe *La nueva clase*² donde expone que la burocracia del Partido y del Estado forma en la URSS una clase social que constituye un “burgués colectivo”, propietario de todos los medios de producción mediante ese Estado planificador, y George Orwell, antiguo trotskista, además de en sus ensayos, critica al Estado soviético (y al no soviético) en sus novelas *Rebelión en la granja* y *1984*.

La izquierda post-estalinista rechaza con razón los planteamientos ideológicos, políticos y económicos propios de la URSS. Y al hacerlo, carente de pensamiento crítico y sometida a la dominación de la ideología burguesa, adopta la democracia como ideario político, respetando el juego electoral del multipartidismo, y considerando simultáneamente al mercado como único procedimiento para la asignación eficiente de la producción, ya que la planificación *estatal* soviética se ha confundido con toda forma de planificación.

La izquierda entonces, socialista o no, carece de una política alternativa, es incapaz de elaborar propuestas que susciten el interés y el apoyo ciudadano, al competir con la derecha únicamente en su mayor “sensibilidad” ante el sufrimiento de hombres y mujeres sometidos a los imperativos de una política económica neoliberal que se acepta como la *única política posible*.

La planificación económica es la alternativa al mercado en la economía “socialista”. El concepto de planificación es uno de los peor definidos en las ciencias sociales y sobre los que se ha reflexionado apenas.

En resumen, se ha dicho que la Planificación es una forma de organización de la producción y de la distribución de bienes y servicios que se caracteriza negativamente porque:

1. Se opone al mercado

¹Las agitaciones campesinas del período bolchevista, (1918-1920) : historia / Juan Díaz del Moral

²Milovan Jilas, *La nueva clase*, Barcelona- Buenos Aires, E.D.H.A.S.A., 1958.

2. Es Estatal, con lo que se opone a la tan manida y mal definida “sociedad civil”
3. Nadie pone nunca en duda que estar fuera del mercado y ser Estatal sea lo mismo. No se contempla la evidente existencia en la sociedad contemporánea de *formas de organización de la producción y de la distribución que están fuera del mercado y no son estatales*. Este es el interés real del cuestionamiento del concepto de planificación hoy.

El trabajo de Oscar Lange, *Teoría económica de la planificación* es, con el de Charles Bettelheim *Calcul économique et formes de propriété*, uno de los pocos que examina con un mínimo de seriedad cuales son las condiciones de posibilidad de una asignación del producto social que se realice fuera del mercado. Para Lange, la función que los precios tienen en la economía de mercado como indicadores del volumen de la demanda y, consecuentemente, de la asignación de los medios de producción a una u otra actividad, puede verse substituida por el volumen de los stocks. Conociendo en todo momento los inventarios, es posible orientar las actividades productivas a satisfacer la demanda expresada por estos volúmenes.

Esta perspectiva deja dos cuestiones abiertas. Una, harto conocida: la demanda es potencialmente infinita y los recursos sociales limitados. Las macro decisiones de asignación del producto social, una vez conocida la demanda, tienen que supeditarse a decisiones políticas, que formulan prioridades racionales y expresan el “bien común”. Si la cuestión de la definición de las prioridades está abierta es porque, precisamente, cabe afirmar que no tienen por qué ser decisiones estatales (y no únicamente que podrían ser elaboradas en estados democráticos). No podemos ni debemos excluir la posibilidad, cada día más facilitada por la tecnología de la información y de las comunicaciones, del desarrollo de procesos de auto-regulación estrictamente sociales.

La otra, nunca estudiada, es la de las *condiciones técnicas de posibilidad del conocimiento del volumen de los inventarios*. En efecto, el cuestionamiento de la solución burocrática al problema de la gestión de los flujos de información relativos a la demanda no está planteada ni por Lange ni por ningún otro autor. La planificación estatal soviética puso en marcha una inmensa burocracia de papel y lápiz para resolver este problema. Y esa³ solución burocrática fue un indiscutible fracaso.

¿ No existen otros procedimientos para gestionar la información sobre el volumen de los inventarios al instante y orientar instantáneamente la asignación de recursos productivos? La respuesta ahora, en los albores del siglo XXI, es obviamente que sí.

El desarrollo de las tecnologías de la información (informática y comunicaciones) en las tres últimas décadas permite hoy el conocimiento instantáneo del volumen de los inventarios y de las necesidades de producción.

³ Hemos expuesto ya en otro lugar la problemática que plantean los flujos de información ascendente en una organización jerárquica: el carácter aditivo de las cantidades de información. Y también la solución: la abstracción. Pero la solución es el nuevo problema, porque se pierde información al abstraer.

Las técnicas del “just on time” reposan sobre esas tecnologías, como también lo hacen más del cincuenta por ciento de los intercambios económicos mundiales, que se efectúan entre filiales de las mismas empresas, orientados por la demanda y por la “planificación estratégica” de las empresas. No del Estado o de los Estados: de las empresas, sujetos políticos efectivos en la sociedad contemporánea.

Maravillosa (y aparente) paradoja: el fin de la “economía planificada del “socialismo real” “ coincide con el auge de la economía planificada del capitalismo triunfante. El voluntarismo político fracasó en sus designios planificadores. El posibilismo tecnológico triunfa en su planificación efectiva.

Solo queda abierta una gran cuestión, más allá de la tecnología de la planificación, la de sus fines. Las macro decisiones estratégicas no se efectúan en función del “interés general” sino de la maximización del beneficio de unos pocos cientos de grandes empresas mundiales. Nadie en su sano juicio puede identificar el beneficio de unos pocos con esa bella y antigua abstracción que dimos en llamar el bien común.

Pero vivimos en una economía planificada.